

El Alcalde de su pueblo Calderon

COLECCION

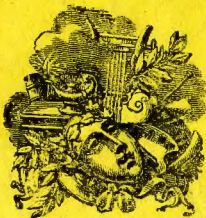
DE

COMEDIAS ANTIGUAS Y MODERNAS

TRAGEDIAS, ÓPERAS,

AUTOS SACRAMENTALES, SAINETES,

ENTREMESES Y UNIPERSONALES



MADRID

LIBRERÍAS DE CUESTA

Calles de Carretas, 8, y Luna, 3

COMEDIA FAMOSA.

EL ALCAYDE DE SI MISMO.

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

<i>El Rey de Napoles, Barba.</i>	***	<i>Margarita, Infanta.</i>	***	<i>Serafina, Criada.</i>
<i>Federico, Principe de Sicilia.</i>	***	<i>Elena, Dama.</i>	***	<i>Antona, Villana.</i>
<i>El Infante su hermano.</i>	***	<i>Enrique, su Criado.</i>	***	<i>Villanos.</i>
<i>Roberto, Criado de Federico.</i>	***	<i>Leonelo, su Criado.</i>	***	<i>Criados.</i>
<i>Benito, Gracioso, Villano.</i>	***	<i>Un Capitan.</i>	***	<i>Soldados. Musica.</i>



JORNADA PRIMERA.

Dicen dentro los primeros versos Roberto, y Federico, que saldrá armado, con botas, y espuelas, y caen despeñados.

Rob. Precipitado buelo
nos despeña: Jesus!

Feder. Valgame el Cielo!

Rob. Estás, señor, herido? *Salen.*

Feder. Muerto fuera mejor, mas tal ha sido
siempre el rigor del hado,
que vive à su pesar un desdichado.

Rob. Guarde el Cielo tu vida,
de cobardes contrarios defendida,
que al fin, viviendo un hombre,
no hay horror, no hay espanto que le asombre.

Feder. Antes en penas tales,
el morir es el ultimo en los males.
Pluguiera à Dios, Roberto,
pluguiera à Dios, que allí me huviera muer-
entre asombros, y espantos (to
las fieras armas de enemigos tantos;
y no fuerite, y altivo,
o venturoso mas, huviera esquivo
dexado una lanzada

muerto à D. Pedro Esforcia en la estacada:
No huviera yo llegado
de duro acero, de diamante armado,
como vès, à este monte,
termino, al parecer, de este Orizonte;
ò ya que aquí llegasse,
pluguiera à Dios, que en èl me despeñasse,
quando veloz tropieza
el Cavallo en su propia ligereza;
pues fuera el daño menos,
que vernos oy de confusiones llenos,
y de tantos contrarios perseguidos.
Adviertan tus sentidos,
que pierdo à Margarita lo primero;
à Margarita bella,
que fue del Cielo flor, del Campo estrella:
luego que nos hallamos
en un monte, y que en èl los dos estamos,
el Cavallo perdido,
tù cansado, yo armado, y sin vestido.
Y quando à alguna Aldèa
queramos ir, ninguno havrà que vea
à pie, y armado un hombre,

A

que

que no se ria de él, ò no se affombre:
y siendo conocido
por las señas tan grandes, mas seguido
de quien me busca quedo;
ni de la muerte asegurarme puedo,
quando preso me tenga
el Rey, pues juntamente en mí se venga
de su sobrino muerto,
y de la grande enemistad, Roberto,
que con mi padre tiene, que esta ha sido
la causa de entrar yo desconocido
en su Reyno en sus fiestas,
no fiestas ya, tragedias si funestas;
pues con penas tan graves
sucedió lo que callo yo, y tú sabes.
Rob. Todo lo confidero,
y peor fuera morir, que hallar espero
remedio à mal tan fuerte.
Feder. Remedio? de qué modo?
Rob. De esta suerte.
Tú no eres conocido
en Napoles, que nunca en él ha havido
quien el rostro te vea;
pues este monte muda guarda sea
de las armas gravadas;
en él con verdes ramas sepultadas
queden, que yo no dudo
el poderse escapar, yendo desnudo
à la primer Aldèa,
diciendo, que la gente que saltèa
en este monte, ha sido
quien te llevò la hacienda, y el vestido.
Así, al fin, se consigue
el no hallarte la gente que te sigue,
y el hallar tú consuelo,
movièdo à compasión la tierra, y Cielo.
Yo (haviendote dexado
donde quisieres tú) dissimulado
me bolverè à la Corte,
donde sabrèlo que à tu amor le importe:
las joyas tendrè en ella
para irte locorriendo. *Fed.* Si mi estrella
no me huviera dexado
tal amigo, què triste, y desdichado
huviera yo nacido!
la oposicion de mi desdicha has sido.
Siguiendo tu consejo,
las duras armas en el monte dexo:

desnudo irè moviendo
à compasión las piedras, porq̃ entiendo
quejarme tristemente
con tal disfráz de lo que el alma siente,
como aquel que ha llegado
à tener un dolor dissimulado,
que quando no le dexa,
fingiendo otro dolor, de aquel se queja.

Rob. Pues àzia aquesta parte,
que es mas secreta, puedes retirarte,
que ya del Sol la lumbre
dà el primero perfil à aquella cumbre.

Feder. Tú, si à la Corte fueres,
y en ella acafo à Margarita vieres,
dila, que soy amante
tan descortès, tan necio, è inconstante,
tan loco, y tan altivo,
que no la puedo ver, y quedo vivo.

*Vanse, y salen de camino Elena, Dama,
Enrique, y Leonelo, Criados.*

Elena. En tanto que estos cavallos,
veloces hijos del viento,
pagan en cristal, y nieve
las esmeraldas del suelo,
podràs hasta Mirafior
adelantarte, Leonelo,
y decir quan desdichada,
y desesperada vengo
à ser rustica Aldeana. *Vase Leonelo.*
de sus montes: quiera el Cielo,
que por ser rusticos tanto,
halle mas piedad en ellos.

Enriq. La soledad de este monte,
la causa de tus extremos,
y el no haver visto las fiestas
(que nuestra desdicha fueron)
en la lealtad de un criado,
dàn, señora, atrevimiento
à pedir, que me repitas
tu dolor, y sentimiento,
porque el mal comunicado,
dice un sabio, que fue menos.

Elena. Publicòse por Italia,
con el comun sentimiento,
digno de tan tristes nuevas
(presagios de este suceso)
la muerte infeliz de Enrico,
de Napoles heredero;

por

por cuya razon su padre,
à su anciana edad atento,
dispuso dar à la Infanta
Margarita digno dueño,
llamando para esta empresa
à los Principes del Reyno.
Todos vinieron, y todos
muestra de su gusto dieron,
celebrando su hermosura,
y mas que todos Don Pedro
Esforcia mi hermano, pues
como su amante, y su deudo
(que fuele hacer el amor
un segundo parentesco)
fijò en Europa carteles,
llamando à público duelo,
para una justa Real,
sustentando, y defendiendo
en ella, que Margarita
era el mas digno sugeto
de amor, y la mas perfecta
Dama en belleza, è ingenio:
(perdonen tantas como hay
en el mundo, atrevimientos
de hombre enamorado, pues
quien llega à estarlo, sospecho,
que ni mas que aquello estima,
ni piensa que hay mas que aquello.)
à la fama de las justas,
de toda Europa acudieron
los Principes mas gallardos,
mas bizarros Cavalleros:
y en tanto que se cumplia
de los carteles el tiempo,
todo era máscaras, motes,
festines, saraos, y juegos.
Una noche (que era día,
pues no se echaba al Sol menos)
dando principio à un festin
estaban los instrumentos,
quando por la sala entrò
un bizarro Cavallero,
que arrebatò à un mismo punto
de todos los movimientos.
El diò principio al festin,
teniendo siempre encubierto
el rostro con el embozo;
hizo el primero passo,

facò à Margarita, y ella
con un cortès cumplimiento
salìo: mi hermano (no sè
si yo me hiciera lo mesmo)
salìo entonces, procurando
quedar con ella en el puesto;
y el Cavallero embozado,
poniendo cuidado en serlo,
con la mano en la cuchilla,
dixo atrevido, y resuelto:
ninguno mejor, que yo,
merece el lugar que tengo.
Don Pedro iba à responder,
quando entraron de por medio
el Rey, y Grandes: salìo
de la sala el Cavallero
tan en sí, que no le viò
nadie el rostro, ni supieron
hasta oy quien era; tal fue
su recato, y su secreto.
Llegò de la justa el día,
y afrentando, y desmintiendo
nuestra plaza la memoria
de Romanos Coliseos;
se viò cubierta de gentes
tan diversas, que se vieron
en ella las confusiones,
que tuvo Babel un tiempo.
De una tienda de brocado,
que estaba al lado derecho
armada, salìo mi hermano,
tan alto, y bien dispuesto
en un cavallo, que un alma
informaba à entrambos cuerpos.
Con amorosas empresas
gallardos Aventureros
entraron, que por no ser
mas prolija, no las cuento,
y porque llegando à entrar
el Cavallero encubierto,
se olvidan, y quedan todas
sepultadas en silencio.
Corrieronse muchas lanzas,
en cuyos varios suessos,
como en la suerte, y fortuna;
se ganan, y pierden premios.
Llegò à correr el gallardo
embozado con Don Pedro

A 2

mi

mi hermano, que hasta aquel punto le havia dicho bien el tiempo. Pusieronse frente à frente los cavallos, tan atentos à las voces de un clarín, que con estar algo lejos, parece que à cada uno el animado instrumento estaba hablando al oído (tal era el instinto en ellos) pues parece que el enojo heredaban de sus dueños. Partieron, pues, tan veloces, que ya trocados los puestos, muchos no determinaron si pararon, ò partieron, habiendo en medio las lanzas, hechas atomos del viento, dividido en tantas partes, que muchas de ellas subieron tan altas, que por entonces ninguna cayó en el suelo, ni despues, porque tardaron en caer, ò no cayeron. Toman la segunda lanza para su segundo encuentro, mucho espacio, si son veras, mucha prisa, si son juegos. Buelven à partir, y aquí un cavallo desmintiendo, la valla de un lado rompe. No has visto en el Mar sobervio, quando nevadas montañas, rizando à su frente el ceño, un Navio en un escollo dà, y en pedazos resuelto, la que fue campaña antes, le sirve de monumento? No has visto en un terremoto remblar la tierra, y el Cielo, caducar los edificios, y en tanto horror, tanto estruendo, precipitarse dos montes, desgajados de sí mismos; y encontrandose al caer, darse batalla violentos, hasta rendirse à su furia, que no pudieran à menos?

Pues tales eran los dos, porque en la carrera à un tiempo imitando las acciones de agua, tierra, fuego, y viento, eran dos Naves de bronce, eran dos montes de hierro, eran dos rayos de plata, eran dos aves de acero. Falscando la sobrevista hirió el acerado hierro à mi hermano, cayó en tierra, bañando en humor sangriento la arena, que parecía, que tan infeliz suceso lloró con sangre la tierra, quando dividida veo la Plaza en vandos, vengando unos, y otros defendiendo la muerte, y el homicida, el qual animoso, y diestro salió de la Plaza, donde se esconde ignoro; sospecho, que Marte le arrebató à colocarle en su asiento, ò por guardarle de mi abrió sus bocas el centro. Yo à un tiempo, pues, combatida de dos contrarios afectos, quise, viendo la impiedad (si la verdad te confieso) dexar la Corte, y confusa vengo à Belflor, donde vengo (si hay desdichas, que se huyan) de mis desdichas huyendo, donde mi esperanza muera, donde viva mi tormento, donde mi llanto me anegue, donde me ahogue mi aliento: pues entre amor, y rigor, entre esperanza, y desseo, llevo, huyo, quiero, olvido, amo, adoro, vivo, y muero. *Enriq.* Notable suceso ha sido, y mas pensar que se esconde, sin saber como, ni donde, y que no sea conocido. *Sale Leonela.* *Leon.* Los Villanos de Belflor, sabiendo que vuestra Alteza

vic-

viene con tanta tristeza, para mostrar el amor, y voluntad que la tienen, todos à dárla su vida, el pesame, y bien venida, y à besar sus plantas vienen. *Salen Benito, y Antona, y algunos Villanos.* *Ant.* Benito, advierte que aora tñ, por ser el mas erguido, mas callerrudo, y sabido, tienes de dar à señora el pesame. *Ben.* Yo? por qué he de dar à la Condesa pesame, si no me pesa? el pesame la daré. *Vill. 1.* Di, que es Venus, y Diana, y que en su gran presuncion murió como otro Faeton su hermano. *Ben.* De buena gana. *Vill. 2.* Di, que fue quien le mató un Nerón sobervio, y malo, un cruel Sardanapalo. *Ben.* Todo esso la diré yo. *Ant.* Que ella nos viva mas años, que vivió Matusalén. *Ben.* Todo aqueſso está muy bien. *Ant.* Para consolar sus daños, que el Concejo no la embia colacion, fiesta, y grandeza, porque quien tiene tristeza se causa de la alegría. *Ben.* Muestra Conda soberana tan erguida, llumpia, y bella, que son fregonas con ella Doña Venus, y Doña Ana: Si en tiempo de fiestas bellas à Belflor haveis venido, bien hecho ha sido, si ha sido por no buscar donde vellas. A todos nos ha pesado, y aqueſto no os está bien, que un pesame, ò paraben siempre es estilo cansado. Tengale Dios en buen poſo, que el murió en su presuncion, como el otro fanfarron, de arrogante, y animoso. Y pues à aqueſte le igualo,

el que le dió muerte fiera, era un Euera, y aun era una Sardina de palo. Pero vivaís vos, amen, para gozar de estos daños con gusto, y salud mas años, que vivió Mateo de Allén. Que el Concejo no la embia colacion, fiesta, y grandeza porque quien tiene tristeza no diz que tiene alegría. *Sale Federico desnudo, y herido.* *Feder.* Generosos Labradores, y vos, hermosa señora, que entre barbaros sayales sois entre espigas la rosa, muevaos à piedad el ver un desdichado, que arroja, embuelta en sangre, y suspiros, pedazos del alma propia. Un Mercader rico era, y tanto, que en una joya cifré el tesoro del mundo. Vine à las fiestas famosas de Napoles, procurando, en concurso de personas tan ilustres, emplear mi caudal, y hacienda toda. Hicelo así, à Dios pluguiera fuera mi dicha tan corta, que no hiciera empleo tan grande, porque perdiendolo, aora es mayor el sentimiento, que la fortuna embidiosa no lo fuera, si llevarà tras las dichas las memorias: mas es fortuna loca, Dios! sin fè, y amiga de lisonjas. Pensè bolver à mi patria rico de hacienda, y de honra (baste que dixesse rico, porque en los tiempos de aora la riqueza es el honor, sin atencion de personas, porque ya el pobre se vende, como ya el rico se compra) pero fueron mis designios la hermosura de la rosa,

que

que el purpureo roscilèr
 juzga perpetua corona
 del campo, sin atender
 à que en un punto se enojan
 tiempo, y fortuna, sobervio
 brama el aulstro, el cierzo sopla,
 siendo cadaver del campo
 entre sus perdidas pompas.
 Tal yo, rico de esperanzas,
 que son las tempranas hojas,
 en mi patria me juzguè,
 sin advertir à que corta
 el Cielo intentos del hombre:
 què importa (ay de mi!) què importa,
 què el proponga, y determine,
 si hay estrellas que dispongan,
 y executen, porque ellas
 quanto el hombre escribe borran?
 que es nuestra vida sombra
 de aquella luz que influye poderosa.
 Yendo, pues, por esse monte,
 salió una pequeña tropa
 de Vandoleros, que en èl
 la hacienda, y la vida roban.
 Quise ponerme en defensa;
 pero qual hombre se arroja,
 anteponiendo los bienes
 à la vida, si ella sola
 merece ser preferida
 sobre las humanas cosas?
 mal haya quien ambicioso
 muere, mal haya quien compra
 la magestad con la vida.
 Pusieronme dos pistolas
 à los pechos, y rendido,
 no fue temor, fue piadosa
 atencion al ser Christiano,
 entreguè mi hacienda toda:
 y pensando, que guardaba
 mi vestido algunas joyas,
 que usar Mercaderes suelen
 de invenciones cautelosas,
 el vestido me quitaron,
 dexandome como aora
 estoy; y viendome así,
 ha tres días, que essas rocas
 habito, que me sustento
 de yerva rustica, y tosca:

pero la necesidad
 hace que rompa, y que corra
 los velos à la verguenza;
 y pues mis plantas dichosas
 à esta parte me guiaron,
 en mi consuelo conozcan,
 que sigue el gusto à la pena,
 à la desdicha la gloria,
 à la fatiga el descanso,
 la luz à las negras sombras,
 à mi llanto la piedad,
 de tus manos generosas,
 que mortales congojas
 viven à la mudanza atentas todas.

Elena. Bien pensè que no tenia
 mi pecho infeliz lugar
 donde cupiese el pesar
 de tu desdicha, y la mia:
 pero aquí me ha consolado
 tu pena, y tu desconsuelo,
 que à un desdichado es consuelo
 hallar otro desdichado.
 Alientate, toma brio,
 tèn ànimo, y esperanza,
 que todo està à la mudanza
 sujeto. Este Estado es mio,
 en èl te puedes quedar
 reparando tu fortuna,
 donde tu suerte importuna
 puedes felice burlar.
 Tambien al monte he venido
 à llorar desdichas yo,
 consuelo tu pena hallò,
 pues un hermano he perdido,
 cuya nobleza, y valor
 publica à voces la fama,
 que el infelice le llama,
 muerto à manos de un traidor:
 y por no hablarle yo,
 sabe, que es quien lloro aquí
 Don Pedro Esforcia.

Feder. Ay de mi!
Elena. Y el traidor que le matò
 no se ha sabido quien era;
 demonio debiò de ser,
 pues se pudo defender,
 y esconderse de manera,
 que no se sabe por donde,

ni

ni de què suerte escapò.
Feder. A buen puerto vine yo. *ap.*
Elena. Sin duda el centro le esconde.
Feder. Al revès ha sucedido
 oy esse efecto en los dos,
 pues mirar à un triste, à vos
 de consuelo os ha servido,
 y à mi de pena, que aquí
 un dolor al otro excede,
 que pena vuestra no puede
 ser de gusto para mi:
 pues tanto pienso, por Dios,
 sentir la que es vuestra, tanto,
 que parezca que en mi llanto
 son una misma las dos.
 La merced que me ofreceis
 de vivir con vos aceto
 (aquí vivirè secreto.)
 sirviendoos, que bien sabeis,
 que un hombre que rico ha sido,
 dobla en su tierra el dolor,
 pues vive pobre mejor
 à donde no es conocido.
Ben. Señor desnudo, hasta quando
 vueffamercèd piensa habrar?
 no pudo considerar,
 que tambien yo estaba habrando,
 y no es buena cortesia
 dexar, con cordura poca,
 atravesada en la boca
 la media embaxada mia?
Elena. Què prudente, y advertido
 su sentimiento mostrò
 què bien que disimulò
 el llanto mal resistido!
 Este hombre me ha obligado
 con su estilo. *Ben.* Guardeos Dios.
Ant. Benito, no habrà con vos.
Ben. Otras veces havrà habrado.
Elena. Como os llamis? *Feder.* Español.
Ben. Benito. *Elena.* Y soislo?
Ben. Yo? *Feder.* Si,
 en Barcelona naci.
Elena. Todos sois hijos del Sol:
 què buen ralle! *Ben.* A su servicio
 està el talle, y la persona,
 que su mercè es quien le abona.
Ant. No dice à vos: pierdo el juicio.

Elena. En fin, queteis el partido?
Feder. Si, pues à un puerto he llegado,
 que no fuera desdichado,
 quando no lo huviera sido.
Elena. Su modo dice, que es
 hombre bien nacido. *Ben.* Si,
 asseguro que naci,
 si bien me acuerdo, de pies.
Elena. Palabra os doy, que si tengo
 en la venganza, que sigo,
 buen fin, y de este enemigo
 no conocido me vengo;
 (porque fiera, y vengativa
 siempre ha sido la muger)
 que tengo, Español, de hater,
 que os olvideis, así viva,
 de la pèrdida de oy. *Vase.*
Feder. No pierda yo vuestra gracia,
 que de toda mi desgracia,
 señora, olvidado estoy.
 Què confusiones me ofrece,
 fortuna, tu mano ingrata!
 vida me dà quien me mata?
 me acoge quien me aborrece?
 quien me busca, me defiende?
 quien me dà favor, me sigue?
 quien me ampara, me persigue?
 y me guarda, quien me ofende?
 Pues quedarme solitario
 à donde mi muerte veo,
 que està mas seguro el reo
 donde come te el delito. *Vanse.*
*Salen el Rey de Napoles, Barba, Margari-
 ta su hija, y Serafina, Criada.*
Marg. Dexame morir. *Rey.* Advierte:
Marg. Què puedo advertir, señor,
 si es de qualquiera dolor
 ultima linea la muerte?
Rey. Tan grave pena, tan fuerte
 passion, y mal resistida
 oy vendrà à dexar vencida
 tu vida. *Marg.* Al Cielo pluguiesse
 tan dulce mi pena fuesse,
 que acabasse con mi vida.
Rey. Todos la muerte lloramos
 de Esforcia, todos sentimos,
 todos al Cielo pedimos
 la venganza que esperamos;

pe-

pero no todos estamos
rendidos à un sentimiento,
Margarita, tan violento,
que exceda al sentir sus modos.

Marg. Siento sola mas que todos,
porque mas que todos siento.

Rey. Ya tu venganza publico,
muerte le dare al traidor,

si le alcanzo. *Marg.* Qué rigor! *ap.*
ay mi bien! ay Federico!

Rey. Qué respondes? *Marg.* Significo
conmigo así los celos
de tus penas, tus desvelos.
Busca al traidor, harás bien,
muerte tus manos le den:

no lo permitan los Cielos. *ap.*

Mas quien pretende olvidar
una pena, ò vanagloria,

le sirve de mas memoria
el insistir en pensar

que olvida: el que ha de dexar
de quejarse, y se aconseja

con su razon, quando dexa
la pena el llanto infelice,

con las razones que dice,
que no se queja, se queja.

Alli su consuelo alcanza
pena mas firme, y notoria,

pues la queja, y la memoria
son pensar en la venganza:

no havrà en mis males mudanza,
pues lo que remedio ha sido,

trae el veneno escondido;
pues con la venganza intento

no sentir, y siempre siento
olvidar, y nunca olvido.

Sale el Capitan con Roberto.

Cap. Señor, como has publicado
por traidor al que encubriere

el homicida, ò supiere
de él, nos ha manifestado

un hombre aqueste Criado,
que por suyo conoció.

Rey. De él sabré mi intento yo.

Rob. Yo con mi lealtad concluyo,
que soy criado, mas cuyo *ap.*

esto no lo diré yo.

Rey. Quién eres? *Rob.* Un forastero,

que à Napoles ha llegado;
de las grandezas llamado

de las fiestas. *Rey.* De ti espero
saber quien es aquel fiero

autor de mis penas. *Rob.* Yo
no le conozco. *Rey.* Pues no

eras su criado? *Rob.* Si,
mas no supe à quien servi.

Cap. Bien su turbacion mostrò,
que esta es malicia, señor;

porque en un pobre criado,
en quien aora han hallado

joyas de tanto valor, *Daselas al Rey.*
es el presumir error,

que no huviesse conocido
à quien huviesse servido.

Rob. Por cierto el señor Don tal
es bueno para Fiscal.

Rey. Pues la piedad no ha podido
moverte, pueda el tormento:

entre las joyas está
un papel, y de él quizá

conoceré el fin que intento.

Marg. Hay mas triste pensamiento!
Papel será suyo, mucho *ap.*

es mi temor; triste luto
con mi llanto, y mi desseo.

Rey. Oye que: *Marg.* Mi agravio veo. *ap.*
Rey. Carta es. *Marg.* Mi muerte escucho.

Lee el Rey. Porque V. Magestad no esté
con el cuidado, que le puede dar mi

ausencia; escribo con Roberto, avi-
sando de mi salud, y la causa que

me ha traído à Napoles, que es à ver
las fiestas, que sustentà D. Pedro Ef-

forcia, cuyo valor me ha obligado à
asistirle en ellas: acabadas, bolveré à

los pies de V. Magestad, cuya vida el
Cielo aumente. *El Principe Federico.*

Es posible, que esto creo,
y mi pena no replico:

el Principe Federico
fue el homicida? qué veo?

No le bastaba; que fuese
Federico mi enemigo,

sino que por mas castigo,
guerra en mis tierras hiciese?

Marg. O Federico cruel,

(co-

(corazon, disimulemos,
y estas lagrimas, y extremos

hablen à un tiempo con él)
barbaro, arrogante, vano,

fobervio, y desvanecido,
altivo, loco, atrevido,

cuyo poder, cuya mano
muerte me dió: (y es verdad *ap.*

muerte alevosa me dió,
pues la vida me quitò,

robandome la mitad
del alma) plegue à los Cielos,

que tu fin sangriento sea
como mi pecho desea.

Rey. Tus lagrimas, y desvelos
à todos nos han rendido:

Capitan, buscadle luego, *Vase el Cap.*
destruyendo à sangre, y fuego

el lugar mas escondido. *Vase.*

Marg. Ay Roberto! tu lealtad
muerte à todos nos ha dado:

dime, por qué te has quedado
por mi daño en la Ciudad?

Por qué esta carta guardaste,
donde su nombre firmò

el Principe? por qué no
la rompiste, ò la quemaste?

Rob. No pude yo prevenir
lo que nos ha sucedido:

aquí me quedé escondido,
y un huésped pudo decir

(mal haya quien inventò
los huéspedes) que yo fui

el que al Principe servi,
porque en su casa viviò:

esta carta le escribia
al Rey su padre, y despues

no la embiò, que esta es
su desdicha, tuya, y mia.

Marg. Y la que yo he de llorar.
Sale el Capitan.

Cap. El Rey manda, que esteis preso,
porque de aqueste suceso

no podais aviso dar.

Marg. Y es bien que esté preso el fiero,
que à un enemigo sirviò:

libertad te daré yo. *A Roberto ap.*
Rob. Esta de tu mano espero. *Vanse.*

Seraf. Tus razones he escuchado,
tus lagrimas he advertido;

y de no haverle entendido,
triste, y confusa he quedado:

algun secreto hay aqui.

Marg. Y quiero à tu pecho fiel
hacer Secretario de él.

Seraf. Atenta te escucho. *Marg.* Allí
para tragedias de amores

nos dà lugar el Jardin,
entre el azahar, y el jazmin,

entre las rosas, y flores:
y si contarte pretendo

una enigma semejante,
no entenderme no te espante,

que yo tampoco me entiendo. *Vanse.*

Salen Antona, y Benito, Villanos, cantando.

Anton. Subiera Morales
en el su cavallo,

la espuela de melcocha,
y el freno de esparto;

luneta,
atala allà de la sonsoneta.

Benit. En la calle nueva
está enamorando,

por mirar arriba,
cayera en un charco; luneta, &c.

Anton. Sogas, y maromas
tiran à sacarlo,

facanle una assadura,
que havia merendado; luneta, &c.

Ben. Dexa un poco essa luneta,
que lo has cantado tan bien,

que no chilla una sartèn,
un órgano, una carreta,

con mas fuerte, y recio chorro,
que tú. *Ant.* El alabarme es yerro,

porque no entonò un becerro,
un podenco, ni un cachorro,

mas que tú, ni aun un marrano,
quando le matan, gruñò

con mas gracia, y no habro yo
en la carreta, y órgano.

Mas ya que esto es acabado,
y que es forzoso el habrar

de otra cosa, hasta llegar
à la Quinta, me ha pasado

por el callette, que habrèmos

B

ca

en quando será aquel día,
Benito del alma mía,
que los dos matrimunemos:
En pensallo me hace astillas
el pracer dentro del pecho;
y me viene tan estrecho,
que el hato me hace cosquillas.

Benit. Para olvidar sus regalos,
confidera, que pasó
esse día, y que llegó
el que yo te mato à palos,
muy mohino, y enfadado;
que en fin, forzo lo ha de ser,
que me canse una moger,
que ha de estar siempre à mi lado.
Porque à qual hombre no pesa
ver, si en su moger repara,
siempre en la cama una cara,
siempre una cara en la mesa?

Si tiende una mano, toca
siempre una cara; si huele,
es à la cara que suele;
si ve, es con ventana poca
una cara; y si esta pena
qualquiera cara nos dà,
dime, Antona, que será
si la tal cara no es buena?
Pero casados los dos,
no nos vendrà à ser así.

Anton. Vos darme palos à mi?
malos años para vos;
no en mis días, à la he.

Benit. Ya desenojarte quiero;
si no es el día primero,
en mi vida te daré.

Ant. Por qué el primero? *Ben.* Azotò
la Justicia cierto día
un hombre, y el que temia
la penca, al Verdugo diò
tal cantidad de dinero,
porque ablandasse la mano
la solfa del canto llano:
tomòlos, pues, y el primero
azote fue tan cruel,
que la sangre rebentò:
y quando el otro bolviò
la cara de probar hiel,
le dixo: con tales modos

vuestra deuda satisfago,
ved el amistad que os hago,
que así havian de ser todos.
Así tú conocerás,
pegandote el primer día,
la amistad, y cortesía,
que te hago en los demás.
Mas cómo ha de darte enojos
quien tan de veras te amò?
que antes me quebràra yo
las mochachas de mis ojos;
porque ellas pueden quebrarse,
y mi amor, Antona, no.

Ant. No podràs mudarte? *Ben.* No.

Ant. Ni olvidarme? *Ben.* Ni olvidarse
puede mi amor. *Anton.* Y podrà:-

Ben. Qué? *Ant.* Llegarme à aborrecer?

Benit. Si, que en siendo mi moger,
Antona, fuerza será.

Ant. Por qué? *Ben.* Porque seràs mía.

Anton. Si por la cara ha de ser,
mogor soy, y sabré hacer
una cara cada día. *Vase.*

Benit. Si fabràs, que alguna vè,
que lirio se levantò,
branca azucena viviò,
y se recogió alheli:
mas qué allumbra allí no sè;
llegar mas cerca deseo:
oro, ò prata es lo que veo?
notable ventura jue
haver por aquí llegado:
un tesoro he descubierto,
que alguno en este desierto
debí de dexar guardado.
Tirar quiero: mas qué miro?

Saca el arnés de Federico.

un vestido de oro es,
que llaman armas, ò arnés:
poco de vellas me admiro,
que ya otras veces las ví
en mi Aldèa, que no sò
tan bobo, que bien sè yo,
que esto ha de ponerse así.
La prata, y oro sospecho, *Poneselo.*
que de la tierra ha nacido;
pero que nazca un vestido
de la tierra hecho, y derecho,

es

es cosa notable, y rara:

Si así qualquiera naciera,
porque en el mundo no huviera
Sastre ninguno, me holgàra.

Qué será verme vestido
con él, y entrar en la Aldèa?
ninguno havrà, que me vea,
que no se quede atordido.

Pues Antona, qué dirà?
que sò con segura estraña
San Jorge mata la araña.

O, lo que verme será
vestido, como yo quiero,
desde este (que el nombre ignoro)
este papahigo de oro *A la celada.*
à las polaynas de cuero!

No saltarà quien me ayude
à ponerlo, si me vò
àzia los Pastores yo,
que en ellos no havrà quien dude
el componer hatos tales,
y andarè como Longinos,
de día por los caminos,
de noche por los jarales. *Vase.*

Sale el Capitan, y Soldados.

Cap. En este monte, que ha sido
con intrincada maleza
laberinto natural,
que tantas calles enreda,
es sin duda donde aquel
prodigio humano se encierra;
que por esta parte vino,
segun nos dicen las señas.
O, si ya pluguiesse al Cielo,
que à nosotros nos debiera
el Rey ver en su poder
al que convirtiò en tragedia
el gusto, en luto las galas,
y en llanto, y dolor las fiestas!

Sold. 1. Si por esta parte entrò,
serà imposible, que pueda
esconderse, porque el monte
de todas partes le cercan
gente de armas. *Cap.* Y las suyas
son tan conocidas, que ellas
diràn del dueño. *Sold. 2.* Señor,
al pie de estas altas sierras
muerto està un Cavallo. *Cap.* Y es

el mismo que en la carrera
rayo fue, que no es posible
engañarnos tantas señas;
y si el Cavallo rendido
està à su misma violencia,
poco lejos està el dueño.

Sold. 1. Y no puede ser, que sea
haver mudado Cavallos
en el monte? *Cap.* Mal pudiera
tener tanta prevencion
quien dudaba de la empresa.
En fin, èl està en el monte,
la dicha sin duda es nuestra.
Todo se visite, y todos
con oido, y vista atenta
le examinen rama à rama;
no quede la mas secreta
parte, que el Sol ignorò,
guardada à su diligencia.
No havrà servicio, que estime
tanto el Rey, como que vea
en su poder este monstruo,
que tanto dolor le cuesta.

Sold. 1. Era el infeliz Don Pedro
su sobrino. *Cap.* Y tambien era
el mas galàn, mas cortès,
de mas ingenio, y nobleza,
de mas valor, y en efecto,
el Principe de mas prendas;
de modo, que hizo comun
el sentimiento: y si llega
à prenderle (sea quien fuere)
le cortarà la cabeza,
por lo que la noche hizo
del farao en su presencia;
y por haver dilatado
hasta las justas aquella
enemistad, donde hizo
duelo, y campo la palestra.

Sale Benito armado ridiculamente.

Benit. Qué brava segura vengo!
quien havrà, que así me vea,
que no se muera de rifa?
Unos hombres que esta sierra
passaron, por divertirse
me han armado, y de manera,
que no puedo menearme:
qué será verme en la Aldèa

B2

de

de esta fuerte? qué hará Antona, quando por otro me tenga?

Sold. 1. Si no me engaña la vista, por entre esas pardas penas sale un Cavallero armado.

Cap. Y son del mismo las señas; mal pudiera desmentirle el arnés. *Sold. 1.* De qué manera le pudieramos prender? que si se pone en defensa, no basta el mundo. *Cap.* Rendido à la fatiga, y violencia del cansancio, y del camino, pues muerto el Cavallo dexa: llegad los dos por detrás, que yo la pistola puesta à los pechos le tendré, para que no se defienda.

Sold. 1. Llega passo. *Sold. 2.* Con temor voy, porque como nos sienta, dos mil son pocos, tal es su valor, ánimo, y fuerzas.

Sold. 1. Con silencio. *Benit.* Estaba yo haciendome aora cuenta de quanto durará un sayo de estos. *Sold. 1.* Ya le tengo, llega. *Cap.* Date à prision, ò la vida, *Afente.* en tu misma sangre embuelta, saldrá al rayo de mi mano.

Benit. Ay señores, que me llevan! pues qué culpa tuve yo en ponerme:— *Cap.* No pretendas defenderte, que has de ir muerto, ò vivo à la presencia del Rey. *Sold. 2.* Tenle.

Sold. 1. Un monte nuevo.

Benit. Ay señores, que me llevan!

JORNADA SEGUNDA.

Salen Margarita, y Serafina.

Marg. Aquí, Serafina hermosa, que solo escucharme pueden estas plantas, y estas flores, de mi amor testigos fieles; pues otras veces han visto, pues han oido otras veces

estas lagrimas eladas, y estos suspiros ardientes, quando à solas consultaba mis penas, ò mis placeres, que se descansan contando amores, aunque se cuenten à plantas, que no responden, à pajaros, que no entienden, à peñascos, que no aman, à cristales, que no sienten. Sabrás, pues, que ya he rompido un secreto, que me debe tantos dias de silencio, poco hallado en las mugeres, que un dia que la violencia de aquel pasado accidente dió treguas à mi dolor, pluguiese à Dios no las diese, un Mayordomo me dixo: si es que vuestra Alteza quiere divertirse, podrá ver las joyas mas excelentes, que la codicia imagina, el arte pule, y guarnece el deseo, que son tales, que el arte, y codicia vencen: aqui un Platero estrangero las trae, porque así pretende entre Principes tan grandes emplear tan grandes bienes. La curiosidad entonces me dió causa à que las viesse, y di licencia al Platero para que à mi vista llegue: no llegara mas al alma, pues desde entonces padece un mal, que no se conoce, y un dolor, que no se siente. Pesárate de pensar, que un Artifice pudiesse labrarle el alma; pues no; Serafina, no te pese, que debaxo de este nombre estár disfrazado puede un Principe Federico, que arte tan noble comprehende debaxo de su nobleza los Principes, y los Reyes.

En

Enfóndeme algunas joyas, y entre ellas una que excede la imaginacion, y en ella guardado curiosamente un retrato: si era mio, dígalo el alma, que al verle, dudò el cuerpo en que asistia, diciendo entre si: no es este el original? pues cómo presa en un cuerpo me tienen, à quien solo informa un alma de matrices, y pinceles? y quiso passarse à él: no dudo yo, que lo hiciesse, pues quedè sin alma yo, que allà el Platero la tiene. Preguntèle, que à qué efecto en joya tan excelente puso mi retrato? Y él turbado el rostro, y sin verme, me respondió: Federico me mandò, que así le hiciesse para su pecho, porque la fama, que buela siempre, le dixo de tu hermosura la perfeccion, si es que puede aplauso tan dilatado medirse en centro tan breve. Mandóme hacer el retrato, pero al llevarle, y al verle, así dixo: Angel humano, à quien los hados crueles apartan de mí, porque airados los Cielos quieren, que el enojo de los padres en nosotros dos se herede; no quiero yo profanar tu decoro, ni atreverme à amar tu sombra; y así, no es bien que en mi pecho quedes, porque agravia à todo el Sol quien à estos rayos se atreve: mas no será bien tampoco (ay de mí!) que llegue à verse en otro poder la imagen, que adorarè eternamente: à sus manos ha de ir, si à llevarsele te atreves,

porque una estrella del Sol defasida, porque un breve arroyuelo, hijo del Mar, porque una centella ardiente, de su rayo despedida, si alumbra, camina, y hiere, se restituyen al Sol, al Mar, y al rayo, que buelve todo à su centro. Palabra di, señora, de atreverme à dextarte en tu mano, aora dame la muerte, dixo: Y sacando la joya otra vez, sin que me espere respuesta alguna, bolvió la espalda: no de otra suerte quedè, que entre dos imanes suspenso el acero fuele. Abri la joya otra vez donde (ò Amor lo que puedes!) vi amorosas tropelias, pues trocadas sutilmente, otra me dió, donde estaba un retrato vivo siempre del Principe Federico, y conocí claramente serlo el Platero: quedè en una ocasion tan fuerte en mayores confusiones. Pero para qué pretende turbada mi voz decirte pensamientos que se mueven, discursos que se imaginan, glorias que se desvanecen? Yo amè, diganlo esas flores otra vez; pues ellas pueden decir las noches que oyeron sus quejas en estas redes. Bien la empresa de la justa dió à entender, que estima, y siente las lisonjas de la noche; lo que en ella le sucede, ya lo sabes, menos mal, si mi padre no le prende; pues aunque le pierda yo, no será dolor tan fuerte, como que él pierda la vida, porque es fuerza que se venga de

de las guerras que ha tenido
con su padre; y si él la pierde,
av de la mía, porque
vivo en pensar que la tiene,
aliento en pensar que vive,
y muero en pensar que muere.
Seraf. Mi amor, señora, de quien
tanta confianza tienes,
te estima favor tan grande:
mucho ha sido que pudieras
guardar un secreto tanto.
Marg. No hay muger que quando quiere,
no sepa tener secreto.
Seraf. El Rey, señora, aquí viene.
Marg. Con una industria quisiera,
que aora por libre dieſſe
à Roberto, que està preso.
Salen el Rey, y un Criado.
Rey. Margarita, cómo sientes
tu mal? no dà la tristeza
lugar para que te alegres?
Marg. A Serafina decia
aora como no puede
tan grande dolor dexarme,
que ha de atormentarme siempre.
Rey. Muy justa eleccion hiciste
en tan hermosa, y prudente
Secretaria. *Marg.* Ella dirà
si estoy triste. *Seraf.* Y justamente.
Rey. Pues hate dicho la causa?
Seraf. No, pero los accidentes
de ella, y à mi parecer,
muy facil remedio tiene.
Rey. Cómo?
Seraf. Hallandose à quien diò
à Don Pedro Esforcia muerte.
Rey. Pues alegrate, que yo
tengo esperanza de verle
en mi poder. *Marg.* Una industria,
que es muy facil, se me ofrece:
manda soltar al Criado
que està preso, pues no tiene
culpa en servir à su dueño;
y despues, señor, ponedle
espías, que él ha de ir
donde el Principe estuviere,
y así le descubriràs.
Rey. Qué ingenio tan excelente!

vayan por aquel Criado. *Vase el Criado.*
Marg. Vayan luego por él.
Sale el Capitan. Deme
Vuestra Magestad los pies.
Rey. Qué hay de nuevo? *Capit.* Que sucede
à medida del deseo
tu pretension. *Rey.* De qué suerte?
Capit. Con la gente de tu guarda
salí en busca de un aleve,
informado de que havia
llegado à un monte, y halléle
en medio de él desarmado,
porque rendido de verse
sin Cavallo, que se havia
despeñado, tristemente
estaba al pie de una peña;
sintieron, y tan valiente
bolvió sobre sí, que fue
mucho, que no nos hiciese
pedazos à todos juntos,
tan diastro es, áltivo, y fuerte:
pero à mi valor rendido,
dà las armas, y no quiere
decir quien es, solo dice,
que un Villano, y aun pretende
hacerse loco tambien,
porque algunas veces suele
decir locuras. *Rey.* No importa,
que esconda el nombre, y que intente
hacerse loco, si ya
sé que es el traidor aleve
el Principe Federico. *Vase el Capitan.*
Marg. Ay de mí! venga mi muerte: *ap.*
ay de mí! acabe mi vida,
que no pueden, que no pueden
disfimilar tantas ansias.
Rompan la prision, rebienten
por la boca, y por los ojos,
de mis entrañas ardientes,
suspiros que el alma enciendan,
lagrimas que el pecho aneguen.
Ay de mí, Cielos! *Rey.* Qué es esto!
qué sientes, hija? qué tienes?
Marg. Tengo un fuego que me yela,
tengo un yelo que me enciende,
un dolor que me atormenta,
una passion que me vence:
ay de mí! acabe mi vida:

ay

ay de mí! venga mi muerte. *Vase.*
Rey. Serafina, pues contigo
ha descansado, qué sientes
de una tan nueva passion?
Seraf. Aunque quebrante las leyes
de un secreto, mas importa
que su vida se remedie.
El Principe Federico
de Sicilia, que aora prendes,
es causa de esta tristeza;
y para decirlo en breve,
no es la causa, sino Amor,
porque en secreto se quieren:
esto es verdad, y temiendo
que tu enojo le dà muerte,
rompió su dolor el pecho. *Vase.*
Rey. Qué escucho? ya de otra suerte
procederé, porque al fin,
consejo muda el prudente;
moderemos el rigor.
Sale Roberto.
Rob. Dexa que tus plantas bese
quien, sirviendo à su señor,
si te enoja, no te ofende:
dame la muerte. *Rey.* Antes quiero,
que libre, Roberto, quedes,
que tu lealtad galardón,
y no castigo merece.
Vete libre, que ya el Cielo
mas piadoso favorece
mi deseo; ya le hallaron
à tu señor, y ya viene
preso.
Rob. Qué es esto que escucho! *ap.*
si hubo quien le conociese
en la Aldèa en que quedò?
Sacan el Capitan, y Soldados à Benito ar-
mado, preso.
Capit. Ya, señor, està presente
el Principe Federico
de Sicilia. *Benit.* Encanto es este:
yo Principe? si sò Enrique
de Cecina, qué pretenden
con este ensayo? *Rey.* Dudoſo *ap.*
en un punto me acometen
los deseos de vengarme,
y las razones de verme
piadoso: qué puedo hacer?

aquí la passion me tuerce,
y allí me lleva el amor.
Si à vuestra Alteza parece,
que viendole en mi poder
he de vengarme imprudente
las ofensas de su padre,
y fuyas, poco le debe
mi pecho, pues no conoce
el valor con que procede,
si bien queda preso. *Benit.* Yo?
pues qué delito es ponerme
este vestido, si yo,
como un hongo, ò geta verde,
allí me le hallè prantado
en aquel campo? *Rey.* No tiene
vuestra Alteza que encubriſe
con los disfraces de hacerse
Villano rustico, ò loco,
que el Sol nace, y resplandece,
aunque nublados se opongan
à sus rayos transparentes.
No desconfie de mí
oy vuestra Alteza, consuele
estos lances de fortuna,
mudable, y dudosa siempre.
Benit. Qué mudable, ò qué golosa?
tomen sus armas, y denme
mis hatos, si es que esto buscan,
que no foy, aunque lo piensen,
el Principe Simborico
de Sencilla. *Rob.* Engaño es este, *ap.*
que aora en mi lengua està
darle crédito, y hacerle
mayor; y aun estorvo así,
que buelvan con nueva gente
à buscarle. Vuestra Alteza *Arrodillaſe.*
me dà los pies, que no puede
mi amor, aunque està delante
el Rey, sufrir que les niegue
à mis labios esta dicha
de besarlos. *Benit.* Quién os mete
con mis pies à vos? no quiero,
que nadie mis pies me bese.
Rob. Ya no puede vuestra Alteza
disfrazarle de esta suerte.
Sold. r. Señor, ya estás conocido.
Capit. Ya, señor, saben que eres
el Principe de Sicilia.

Benit.

Benit. Todos? *Rob.* Sí.

Benit. Pues todos mienten, que no conozco à Cecilla entre todas las mugeres que conozco, sino una Cecilla tan solamente del Rabadàn de mi Aldèa: esta es verdad.

Rob. Què aun pretendes disimularme conmigo, siendo un criado, que excede à Acates en la lealtad?

Benit. Aunque de Acates cuentes quanto mandares, no sè, hombre, ò demonio, quien eres.

Rob. Señor, mi amo Federico, mas que de discreto, tiene de valiente; ha dado en esto, y havrà de estar en sus trece.

Rey. A la torre de Belflor le llevad, y alli se entregue à Elena; pero advirtiendole, que estè en la prision de fuerte, que sea digno hospedage de un Principe tan valiente. Ya como à yerno le trato *ap.* à mi enemigo. *Rob.* No es esse milagro, ni novedad, porque à ser lo mismo viene un enemigo, que un yerno.

Rey. Y con el Roberto quede à servirle, que en efecto se holgarà de hablarle, y verle. Diràs à Elena tambien, que alli le tenga, y que espere de mis manos generosas mil favores, y mercedes. Quiero componer las partes, por Margarita: ò mugeres, *ap.* què de intentos descomponen vuestros necios pareceres! *Vase.*

Capit. Vèn, señor, donde descanses. *Benit.* Vamos (otro loco es este) *ap.* à descansar, y à comer.

Rob. Aquí vuestra Alteza tiene à Roberto. *Benit.* Y vos Roberto el Diabro? si es sueño este? mas todos han dado en esto,

y sin duda alguna debe de ser verdad, pues que todos lo dicen, es evidente; ò todos estàn borrachos, ò yo solo: mas què puede estarme mejor à mi, que ser en tiempo tan breve Frayle rico de Cecina, y venga lo que viniere? *Vanse.*

Salen Antona, y tres Villanos.

Anton. No hay consuelo para mi, dexame llorar, Belardo.

Vill. 2. No hay consuelo?

Anton. No le aguardo.

Vill. 3. Pues has de morirte? *Anton.* Sí; èl me dixo: Antona mia, quando buelvas me hallaràs firme à tu amor mucho mas, que esta encina: què sería el no estàr despues alli?

Vill. 2. Para mi bien juzgo yo, que una fiera le comió.

Anton. Y debió de ser así: aqueſſo es razon que vieras, fiera le comió cruel, es sin duda, porque èl muy amigo era de fieras. En las entrañas està de alguna, sin testimonios, porque no haràn mil demonios lo que una fiera no harà. *Vanse.*

Salen Elena, y Federico.

Feder. Con què he de poder pagar tantas honras, y favores?

Elena. Tú las mereces mayores.

Feder. Aun no merezco besar la tierra que pisas: yo què soy, señora, ò què fui, para tal favor? si aqui mi ventura me guiò, no fue mi fuerte importuna, pues con mas razon dirè, que por mas fortuna fue desdichada mi fortuna. Dichoso yo, que he nacido con tan venturoso estado, que fuera mas desdichado, quando no lo huviera sido.

Elena.

Elena. Ya conoce mis extremos, *ap.*

pues habla sin que repare; mas antes que se declare, corazon, disimulemos.

Quièn os oyere, Español, hablar tan agradecido, pensará que haveis tenido à vuestras plantas el Sol. Alcayde os hice, y no son favores en tanto aumento, que vuestro agradecimiento merezca por galardón.

Feder. No os entiendo de què fuerte he de proceder: hablando estoy, temiendo, y dudando entre mi vida, y mi muerte. Muchas veces que pretendo agradecer con recato, sois culparme de ingrato: vive Dios, que no os entiendo. Oy, que obligado de vos, agradecido me veis, tambien de esto os ofendeis: no os entiendo, vive Dios. O es que con malos tratos de falsa, y fingida fe han hecho, Elena, que estè poblado el mundo de ingratos: os canso yo, porque he sido agradecido, que ya, como no se usan, dà enfado un agradecido. Yo no lo ferè, si aqui obligo mas sin saber estimar, y agradecer.

Elena. Pues tampoco os quiero así.

Feder. Què harè?

Elena. Que de aqui adelante mis pesares, y mis gustos, mis contentos, ò disgustos, escucheis con un semblante: Ni agradecido os pretendo, ni olvidado entre los dos.

Feder. No os entiendo, vive Dios.

Elena. Ni yo, vive Dios, me entiendo.

Sale el Capitan.

Cap. Dame, señora, los pies.

Elena. Què es aqueſſo, Capitan?

Cap. Que ya tus contentos vèn en los aumentos que ves.

Ya se sabe quien ha sido el homicida, que alli matò à Don Pedro. *Feder.* Ay de mi! si me huviesſen conocido? *ap.*

Elena. Quièn es (que ya multiplico con las nuevas el dolor) esse barbaro traidor?

Cap. El Principe Federico

de Sicilia. *Feder.* Ya què harè? *ap.* conocierõnme, sin duda.

Cap. Siempre la verdad ayuda.

Feder. Si me irè? si me pondrè *ap.* en defenſa? *Cap.* A què nombrò por Alcayde de este Fuerte

tu Alteza? *Feder.* Echada es la suerte.

Cap. O què es su guarda? *Feder.* Yo, yo soy esse que buskais, porque en mi vida encubri mi nombre; y pues soy ya aquè conocido, què mandais?

Cap. Hablaros aparte quiero.

Feder. Desde ài podeis hablar, porque tengo de apelar de mi valor à mi acero.

Cap. Para què, ò contra què?

Feder. Vos, Capitan, no decís, que aqui buscando venís al Alcayde, y que tambien el Principe Federico està conocido ya? pues aqui presente està lo que buskais. *Cap.* No replico à esto, porque no os entiendo; en vano os alborotais.

Feder. Si vos, señor, me buskais?

Cap. Yo solamente pretendo entregaros en prision.

Feder. Antes perderè la vida: no vi tan inadvertida, *ap.* y notable confusion.

Cap. Oídme, y despues sabreis mi intento. *Feder.* Ya no replico.

Cap. El Principe Federico viene preso, y vos haveis de guardarle en este Fuerte: yo en el monte le prendi.

C

Feder.

Feder. Esto está bien: como os vi llegar, señor, de esta fuerte tan turbado, y preguntando por mí, pasión propia fue, sin ocasión me alteré.

Elena. ¿Qué es lo que estoy escuchando!

Federico preso? *Cap.* Si, à vos el Rey os le embia, para que desde este día preso le tengais aquí. En una carroza viene, sin que ninguno le vea el rostro, porque no sea causa (tanto valor tiene) de algun alboroto ciego del vulgo, viéndole así. Alcayde, venios tras mí, donde vereis que os le entrego, y donde con juramento os obligueis à tenerle guardado.

Feder. Aquí puedo hacerle; escuchad un poco atento. Yo juro solemnemente, doy palabra, y certifico, que guardaré à Federico fiel, y cuidadosamente: Que tendré desde este día, en que tal cargo me han dado, con su persona el cuidado, que tuviera con la mía: Pues estando por mi cuenta Federico, claro está, que à mí la vida me va; tanto, que decir intenta mi lengua, que una fortuna hemos de correr los dos; y así prometo, por Dios, guardarlo sin falta alguna.

Cap. Este juramento aceto; venid, porque esto ha de ser antes que le pueda ver nadie, que importa el secreto. Vos, señora, si quereis, vedle, porque en tal presencia ya le sirva de sentencia solo que vos le mireis.

Elena. Si como el pecho está lleno

de iras, rigores, y enojos, fuego arrojarán los ojos, y mis razones veneno; yo le viera, yo le hablara, porque con venganza fierá muerte mi vista le diera, y con mi voz le matara. No quiero verle: Español, de quien justamente fio la venganza, y honor mio, de los atomos del Sol guarda esse monstruo, que à ti solamente le fiara.

Feder. Si en mi lealtad se repara, le guardaré como à mí.

Cap. Venid. *Feder.* ¿Qué notable abismo de agradar, y de ofender! vive Dios, que voy à ser el Alcayde de mí mismo. *Vanse.*

Salen Margarita, y Serafina.

Marg. ¿Qué descuidada estarás, Elena, de esta visita.

Elena. Ay, hermosa Margarita! honor, y vida me das: donde de esta suerte vás?

Marg. En solo verte consiste mi jornada. *Elena.* A esto veniste?

Marg. Dicen, que el sitio que ves, selva de los tristes es, y embianme acá por triste. A divertir he venido una gran melancolia, que solo à ti, prima mía, contará. *Elena.* Dichosa he sido: es de amor? *Marg.* Amor ha sido.

Elena. Y ya no es amor? *Marg.* No sé lo que es, ni lo que fue; en mi llanto lo verás.

Elena. Declárate un poco mas, que yo tambien te diré de un amor todo al revés, prima, y señora, del tuyo; porque si de aqueste arguyo, que ha sido, y que ya no es, podré contarte despues una inclinación, que va à ser amor, y no está declarado, ni advertido;

y si el tuyo no es, y ha sido, mi amor no ha sido, y será. Sientate sobre estas flores, que à tus pies tegan alfombras, donde pueden verdes sombras templar del Sol los rigores; estancia es propia de amores.

Marg. No tan de espacio he venido, que sentarme haya querido: (yo he de empezar por aquí) *ap.* una fineza por mí has de hacer. *Elena.* Tuya he nacido.

Marg. La vida me va en que vea este Principe, que preso han traído. *Elena.* Para esso es menester que yo sea tercera? no habrá quien crea, que licencia hayas pedido, siendo quien eres. *Marg.* Ha sido por un caso, que sabrás despues. *Elena.* No me digas mas, que si en esso ha consistido tu gusto, luego diré, que esté del Fuerte la puerta, sin ver para quien, abierta.

Marg. Y yo en este monte haré la deshecha, en él saldré à caza, hasta que anochezca, porque à todos les parezca, que à esto vine; prima mía, no es mucho que mi alegría ser, vida, y alma te ofrezca: tuya soy, y de mi llanto el curso atajaste ya. *Vase con Serafina.*

Elena. Valgame Dios! ¿qué será lo que me agradece tanto? mas la causa de este encanto presto he de saber. *Sale Federico.*

Feder. Señora, ya en la torre queda preso el Principe. *Elena.* Oye un suceso, y lo que has de hacer aora.

Feder. El alma tu sombra adora, y obedecer determino.

Elena. Aquí Margarita vino, con excusa de cazar en el monte, por hablar con el Principe; imagino,

que es amor, y por saber de este caso la verdad (es necia curiosidad, pero soy, en fin, muger) tú, Español, te has de poner donde los oigas, y advierte, que de aquella misma suerte, que hablaren, lo has de decir.

Feder. Pues pudiera yo fingir, yendo solo à obedecerte?

Elena. Vame la vida, y honor en ver si Amor la disculpa de tan declarada culpa, como querer à un traidor. *Vase.*

Feder. ¿Qué es lo que passa por mí? ¿qué enigmas, Cielos, son estas? ¿qué engaños, ¿qué confusiones, laberintos, y quimeras? Y aunque esto no es imposible; pero ¿quién habrá que crea, que haya una muger constante, y tanto, como la bella Margarita? maldicientes, cuyas venenosas lenguas de mudables las acusan, venid à ver la firmeza de un amor; y porque el mundo mayor defengano tenga de que hay firmeza en mugeres, tengo de ver donde llegan de un amor, que es verdadero, las peligrosas finezas.

Ella piensa, que yo soy el preso, y como lo piensa ha de hallarme en la prision; así veré lo que intenta. Esta experiencia he de hacer, y será la vez primera, que la muger, y la espada califique la experiencia. Esta es la torre. Roberto?

Sale Roberto.

Rob. Señor, posible es que pueda verte, y hablarte? *Feder.* Fortuna así los estados trueca: ¿qué hacías? *Rob.* Entretenido estaba con este bestia, borrico de nuestra andanza,

pues él nos la lleva à cuestras:
es el mayor animal
que he visto: dice que sueña
quanto vè. *Feder.* Poco se engaña.

Rob. Ya se ha creído de veras,
que es el Príncipe.

Feder. Qué importa,
Roberto, que no lo sea,
para estàr sobervio ya?
la magestad, y grandeza
no està en ser uno señor,
sino en que por tal le tengan.

Rob. Ha dado en mandarme mucho;
y es bien que yo le obedezca
en estando acompañado;
pero si solo se queda,
él ha de servirme à mi
otro tanto. *Feder.* Aora dexa
estas locuras. *Rob.* Por Dios,
que à solas ha de haver fista.

Feder. Qué hace aora?

Rob. Está roncando
como una gorda: tú piensa,
que como la cama vió
tan adornada, y compuesta
la tuvo miedo, ò respeto,
y se echó à dormir en tierra.

Feder. Pues por qué no le dixiste,
que para acostarse era
la cama? *Rob.* Mejor lo hice.

Feder. Cómo? *Rob.* Acostème yo en ella.

Feder. Escucha, Roberto, aora,
que hay muchas cosas que sepas:
y pues durmiendo me dà
la ocasion que Amor desea,
Margarita ha de venir
à verme à la Fortaleza,
porque como no me ha visto,
que yo soy el preso piensa,
y quiero que por aora,
si lo imagina; lo crea,
hasta ver en lo que para
su error, y hasta que sea fuerza
descubrirme: no llamaron? *Lllaman.*

Rob. Sí.

Feder. Pues vè, y abre la puerta.

*Sientase Federico, abre Roberto, y sale
Margarita.*

Rob. A quièn, señora, buskais?

Marg. Licencia traigo de Elena
para llegar hasta aquí.

Rob. Es verdad, por estas señas
me mandò el Alcayde à mi,
que yo franqueasse las puertas.

Marg. Roberto?

Rob. Señora mía?

pues como aquí vuestra Alteza
osò llegar? *Marg.* A esto obliga
una pasión loca, y ciega:
y tu señor? *Rob.* Allí està
sentado, y de la manera
que le vès, ha estado siempre,
con la mas grave tristeza
que vi en mi vida: yo temo,
que melancólico muera,
si tan hermosa visita,
como es razon, no le alegra.

Marg. Federico?

Feder. Quièn me llama
con tan dulce voz, que eleva
mis sentidos? mas qué miro!
la imaginacion intenta *Levantase.*
lisonjear à la memoria:
sin duda, que ya se acerca
mi fin, y que ya publican
de mi muerte la sentencia;
pues en el viento confusas
figuras se representan,
cuerpos en la fantasia,
y fantasmas en la idea;
que no puede ser, que aquí
los rayos del Sol se atrevan,
para que de mi prision
iluminen las tinieblas;
pero sea lo que fuere,
como yo estas luces vea,
como estos rayos me alumbren,
y esse Cielo me divierta,
ni mas vida, ni mas gloria
la imaginacion desea:
si son de mi muerte asombros,
vengan, pues, porque ellos vengán.

Marg. Federico, no es fingida
esta forma que te alienta,
que aun mi sombra, siendo mia,
ni engañara, ni fingiera.

Mar.

Margarita soy, detente,
que no quiero que agradezcas
esto, porque las mugeres
de mi decoro, y mis prendas,
no quieren para olvidar.
Antes de amarte, pudiera
mirar los inconvenientes;
pero ya te amè, y ya es fuerza,
que no buelva atrás, ni olvide,
fino que si mueres, muera.
Ya sè que se despenò
tu caballo, y que te dexa;
no le diò mi amor las alas,
que èl bolàra, y no corriera.
En un monte sè que allí
al pie de unas altas peñas
te hallaròn, sè que estás preso,
con esto no hay mas que sepa;
si bien hay que sepas tú,
mi padre vengarse intenta;
à peligro està tu vida,
mal dixe, erròse mi lengua,
la mia es la que està en peligro.
Sabe, que à la puerta espera
un caballo, en el arzon
tiene dos pistolas puestas,
y en una bolsa unas joyas:
sal, pues, de esta Fortaleza,
que yo me quedo à sufrir
tantos enojos resuelta,
y sabrè guardar tu vida,
y así no havrà mas que sepas.

Feder. Mal hiciera yo en negarte
las verdades que se encierran
en mi pecho, habiendo visto
las tuyas tan descubiertas.
Yo no estoy preso; señora,
libre estoy, y porque sepas
la Novela mas notable,
que en Castellanas Comedias
futil el ingenio traza,
y gustoso representa,
sabe, que estás engañada;
verdad es, que me despena
el caballo, pero dexo
las armas, para que pueda
librarme; lleguè desnudo
à Mirafior, esta Aldea,

donde Elena mi enemiga
me libra, guarda, y alverga.
Sabe, que un Villano luego
(que esto, aunque yo no lo sepa
de cierto; pues no lo vi,
la misma razon lo enseña)
se puso las armas mias,
y engañados por las señas,
le llevaron preso, y luego
à mi mismo me le entregan,
porque Elena me hizo Alcayde
à mi de esta Fortaleza.
Esto es verdad, y si estoy
libre aora donde pueda
verte cada dia, y hablarte,
para qué quieres que sea
tan cobarde, que me ausente,
porque otros peligros tema,
quando el peligro mayor
en un amante es la ausencia?

Marg. Temo, que no ha de durar
este engaño, y serà fuerza
vengarse mi padre en ti.

Rob. Remedio hay.

Marg. De qué manera?

Rob. Tú has de declarar tu amor
à una persona que entiendas,
que ha de decirselo al Rey;
y si èl reportado templea
el enojo por tu causa,
y quiere hacer conveniencia
la enemistad con casarte,
pues todo con esto cessa,
podrà descubrirse entonces.
Y si enojado se altera,
y quiere vengarlo todo,
en un Villano se venga,
y èl se quedàra encubierto
sin peligro; de manera,
que de este trato resulta,
ya con paz, ò ya con guerra,
en tu cabeza el provecho,
y el peligro en el agena.

Marg. Bien has dicho.

Feder. De esta suerte
concertado en los dos queda:
tù has de amar à Federico
publicamente, y dar muestras

de

de tu amor. *Marg.* Yo te agradezco, que me hayas dado licencia, porque rebentaba ya, sufriendo tantas ofensas, callando tantos agravios, y ocultando tantas penas: en público será el preso quien mis favores merezca, pero siempre Federico; que si otro nombre tuviera, no le amara, o no acertara a fingirlo. *Feder.* Y será cierta la voluntad? *Marg.* A él fingida. *Feder.* Y para mí? *Marg.* Verdadera. *Feder.* Qué será firme? *Marg.* Dará defengaños mi firmeza. *Feder.* Tendrásla? *Marg.* Será inmortal. *Feder.* Pues la mía será eterna: a quién estimas? *Marg.* Estimo a Federico. *Feder.* Qué intentas, fingiendo otro amor? *Marg.* Tu vida. *Feder.* Y mi muerte, si esto fuera de veras. *Marg.* Por qué? *Feder.* Los celos me matarán, y la ausencia. *Marg.* Voy a amar. *Feder.* Y yo me quedo a guardarme. *Marg.* A Dios te queda. *Feder.* Los Cielos tu vida aumenten. *Marg.* Ellos tu vida defiendan. *Feder.* Nadie como yo te estima. *Marg.* Nadie como yo te aprecia.

JORNADA TERCERA.

Salen Federico, y Elena.
Elena. Qué le dixo?
Feder. Que ella era Margarita, y que inclinada a la opinion celebrada, y a la fama lisonjera de su esfuerzo, y valentia, por una amorosa ley, contra el enojo del Rey,

darle libertad queria: que un cavallo le esperaba a la puerta de la Torre, donde el pensamiento corre, pues mas que corre bolaba: que huyesse veloz en él, y él entonces respondió, en la prision hice yo pleyto homenaje, y fiel le he de guardar, que he nacido mas obligado a mi honor, correspondiendo al favor liberal, y agradecido.

Elena. Todo lo escuchaste?

Feder. Digo, que a todo presente fui, y que tan claro lo oí, como si hablara conmigo. Si ella otra cosa contare, vuestra Alteza no lo crea.

Elena. Ella viene, no te vea.

Feder. El Cielo tu industria ampare. *Vase.*

Salen Margarita, y Serafina.

Marg. El Rey mi padre ha venido, Serafina, a Mirafior, por ver si el fiero rigor de mi pena he suspendido. Tú has de hacer con gran secreto lo que te llevo a advertir: a mi padre has de decir de mi amor todo el efecto: esto me importa. *Seraf.* Si a ti te importa, yo lo diré: pero advierte, que callé hasta este punto, que vi, que te sirve en el efecto en decirselo. *Marg.* Pues no?

Seraf. Buena por cierto soy yo para decir un secreto: Si mil vidas me quitaras, lo callara, y lo encubriera; y aora no lo dixera, si tú no me lo mandaras. Dirélo, porque me dió licencia tu voz, señora: bueno fuera, que hasta aora huviera callado yo.

Elena. Tan sola, prima mia?

Marg.

Marg. O bellísima Elena! aquí mi antigua pena a solas divertia; que suele en su cuidado ser Amor un Filosofo cansado, que busca soledades.

Elena. Quando solas nos vimos, contarnos prometimos nuestras dos voluntades.

Marg. Yo empezare primero, porque será mas breve.

Elena. Atenta espero.

Marg. El verle tan airoso, de honor, y de gloria rico, al preso Federico, engendró un amoroso deseo en mi cuidado de ver si como es visto, era tratado. Entré a verle, en efecto, diciendo cautelosa ser del Alcayde esposa, y halléle tan discreto, tan cuerdo, y entendido, que ya mi muerte el escucharle ha sido. *Elena.* Tú sola le has hallado tan cuerdo, y entendido, discreto, y advertido; porque a mi me han contado acciones de su mano, solo dignas de un rustico Villano.

Marg. Pues es engaño, prima, Federico es valiente, galán, cuerdo, y prudente, tal la fama le estima, y yo lo certifico, si es que hablamos del propio Federico.

Elena. Arguirte no quiero, que en voluntad errada yo tambien fui culpada: si de ti confidiero, que amas a un ignorante, y yo de un hombre humilde soy amante: esse Alcayde que has visto:

Marg. Cielo, qué es lo que escucho? *ap.*

Elena. Con mi verguenza lucho. *ap.*

Marg. Mal mi dolor resisto: *ap.* qué temes?

Elena. Tu desprecio;

mas nada culpára quien quiere a un ne-
 Esse, pues, que desnudo, (cio.
 herido, y desdichado,
 a mis pies ha llegado,
 robarme el alma pudo.

Marg. Calla, Elena, no digas tales baxezas, calla, no profigas.

Elena. Oye, que no he tenido tan facil pensamiento, que a mi cuidado atento, haya, aunque Alcayde ha sido, en la prision entrado, amor tuve, mas no le he declarado; porque yo sufro, y callo, y aunque me alegra el verle, no he llegado a ofrecerle dineros, ni cavallo, que no es bien que yo aguarde *(Vase.)* a que: pero esto baste; Dios te guarde.

Marg. Quién creará, que ha tenido mi colera paciencia? mi furia resistencia? prudencia mi sentido? quando en fuego deshecho es etna el corazon, bolean el pecho. Celos, si esto es temores, decid, qué fuera hallaros? si esto es imaginaros, decid, qué fuera veros? y teneros, qué fuera? ira, rigor, desden, y rabia fiera.

Sale Federico.

Feder. Que se fuese esperaba Elena, y a tu luz atento estaba para llegar a darte la vida, que te debo, mas ya a llegar me atrevo.

Marg. Y yo deseando estaba, falso, hablaste; para darte la muerte, que me has dado.

Feder. Qué dices?

Marg. Tu rigor, y mi cuidado, tu agravio, mi dolor, mi mal, mis celos.

Al paño Elena. Llena de mil recelos buelvo, con la sospecha de ver si no ha quedado satisfecha de mi amor Margarita, y hablar con el Alcayde solicita: mientras habla con él, verdes laureles, fed

sed frondosos canceledos.

Feder. Qué dices? no te entiendo,
y en vano al alma disculpar pretendo:
tú ofensas? yo rigores?
tú zelos? y yo amores?

Marg. O Cavallero vil, ó amante ingrato!
estas son las firmezas

que ofreciste? las ansias, las finezas
de quedar encubierto?

pero finezas son, esto es lo cierto,
que te ha debido Elena,

no Margarita; acabe ya mi pena,
y acabe con tu vida,

que la muger es vivora ofendida,
cuyo rigor, de imperfecciones lleno,

engendra la triaca, y el veneno.

Fed. Y dices bien, pues de una misma suerte
das con una hermosa vida, y muerte;
pero en qué te ha ofendido quién te adora?
en qué te ha dado enojo quien te estima?

Marg. Mal el engaño estas modestias dora,
si amante declarado de mi prima,

por ella te quedaste,

por ella me dixiste que buscaste
este disfráz, y que en tan ciego abismo

has sido tú el Alcayde de ti mismo:
pues salga, á mi despecho,

del alma el llanto, y el dolor del pecho;
diga mi voz en ecos repetida

tu fiero engaño, y tu traicion fingida;
sepan que eres:— *Feder.* Advierte,

oyeme ahora, y luego dame muerte.

Marg. Pues podrás disculparte?

Feder. Si puedo. *Marg.* Plegue á Dios.

Elena. Yo escucho aparte.

Feder. Yo de tu prima amante?
yo disfrazado por Elena, Cielos?

Hay dolor semejante!
injusta causa hallaste á tantos zelos,

ciega pasión hallaste á tanta pena:
partame un rayo, si en mi vida á Elena

una palabra he hablado,
que los terminos pases de Criado

cortés, y agradecido;
porque tercera liberal ha sido

de mi amor, pues por ella
estoy á donde puedo,

siguiendo el hado de mi injusta estrella
verte, y hablarte, sin que tenga miedo
á tu padre ofendido.

Elen. Qué escucho? yo tercera fuya he sido
pero fuistamos, Cielos,

sepamos lo demás. *Feder.* Tuviera zelos
el Sol de solo un rayo?

de una flor solo el Mayo?
el Mar de un arroyuelo?

de una luz todo el Cielo?
la Luna de una Estrella? y un diamante

de un amatista? No; pues no te espante
amando Elena bella;

pues el rayo, la flor, la muda Estrella,
la piedra, el arroyuelo,

la breve luz, que se compara al Cielo,
pues eres tú (aunque todo está delante)

el Sol, la Luna, el Mayo, y el diamante.

Elena. Bien comparada estoy.

Feder. Buelve á dar vista,
buelva á vivir nuestra invencion fingida,

y demos fin á penas tan extrañas.

Marg. Con saber que me engañas,
quiero creerle, al fin, porque no fuera

amante quien lisonjas no creyera,
que en amorosos daños

tienen voz de verdades los engaños:
buelvo á sufrir de nuevo

al preso amor, ya que á sufrir me atrevo
los zelos de una necia.

Elena. Qué bien me honran los dos!

Marg. Pues tanto precia
mi pecho tu persona,

que dexara del mundo la corona,
y contigo viviera,

dónde la sombra de tu cuerpo fuera,
porque no dan los Cielos

imposible á mi amor, y bien se advierte,
pues en tan dura fuerte

fue imposible callar, teniendo zelos.

Feder. Tuvistelos en vano.

Marg. Basta que fueron zelos.

Feder. Está llano,
que aun nombrados ofenden,

y el veloz curso del amor suspenden.

Marg. Pues qué hicieran sabidos?
Feder. Privaran con el alma los sentidos:
y estás desengañada?

Marg.

Marg. Es fuerza, que muger enamorada,
en oyendo, perdona, que es sirena

qualquier amante:—
Feder. Zelos tú de Elena?

Marg. Aun nombrarla me mata. *Vase.*

Fed. Ciega pasión, aun con su dueño ingra-
es Amor; y pues tú estás ofendida, (ta,
no nombraré en mi vida

ese nombre, que agravios tuyos labra.
Sale Elena.

Elena. Y es razón que se cumpla la palabra,
que á las Damas se ofrece:

estas ausencias, di, traidor, merece
mi áparo, mi piedad, mi amor, mi trato?

ó Cavallero vil, huesped ingrato!

Feder. Cielos, qué es lo que escucho! *aj.*
con nueva duda, y nueva pena luchó.

Elena. Tú, que pobre, y herido
á mis plantas llegaste, y defendido

de tu fuerte importuna,
reparo hallaste contra la fortuna,

tan desagradecido, tan ingrato
á mi amor correspondes, y á mi trato?

Si Mercader fingido me obligaste,
di, por qué Cavallero me ofendiste?

si á Margarita amaste,
por qué de Elena tal desprecio hiciste?

que es, aunque esté delante,
el Sol, la Luna, el rayo, y el diamante.

Tú Alcayde de ti mismo,
disfrazado en mi casa?

sepa el Rey lo que passa,
salga ya mi furor de tanto abismo.

Feder. Escucha, hermosa Elena.

Elena. Cómo me nombras, dando tanta pena
mi nombre á Margarita?

Fed. Oyeme, y luego sé, y honor me quita:
yo soy un Cavallero,

del preso Federico compañero,
que de la Infanta enamorado vine:

mas quando le prendieron, yo previne
escaparme, dexando

mi vestido en el monte; y así, quando
llegó á tus pies mi barbara osadia,

fue (si te acuerdas) ese mismo día,
después me le entregaste.

De mi valor por desengaño basta.

el haverle guardado,
siendo Principe mio, con cuidado

tan grande, pues si yo noble no fuera,
bien escapar al Principe pudiera:

mas atento á mi honor, preso he vivido,
y esta la causa ha sido,

guardando yo á mi Principe en su abismo,
de llamarme el Alcayde de si mismo.

Pues si como leal, y fiel criado
te he servido, y al Principe he guardado,

de qué puedes quejarte?

Si como amante llego á despreciarte,
yo soy para contigo

un pobre Mercader; y así me obligo
á agradecerte el bien, y le agradezco

como tal; pero no quando me ofrezco
como Duque de Mantua, y como amante

de Margarita bella.

Elena. No es bastante
la disculpa, si al fin conmigo ha sido

tu trato doble, y tu valor fingido.

Feder. Elena:—
Elena. No me nombres.

Feder. Mira, advierte,
qué viene el Rey, y que en tu voz mi muerte

está segura.

Elena. Muera, pues (ay Cielos!)
muera de zelos quien mató de zelos.

Feder. En fin, resuelta vienes á matarme?

Elena. Como tú, Duque ingrato, á despreciar-
sepa el Rey tus engaños. (me:)

Feder. Buelva la espalda, pues, á tantos daños
quien no puede obligarte. *Vase.*

Elena. Aunque la buevas, no podrás librarle,
que lo infinito alcanza

de muger ofendida la venganza.
Salen el Rey, y Serafina.

Seraf. Remedia su dolor.

Rey. Oy en mi lucha
mi venganza, y su amor.

Elena. Señor, escucha,
que es bien que sepas tú tu misma pena;

y el amor de la Infanta.

Rey. Ya sé, Elena,
lo que quieres decirme,
y así, aquí es escusado el asfírmme:
ya sé que Margarita

D

mi

mi muerte solícita,
y que determinada,
está de esse traidor enamorada.

Elena. Pues si lo sabes ya, remedia el daño,
ya q' à tiempo ha venido el defengaño,
que no es bien que esto pafse,
y que con un traidor la Infanta case,
que está disfimulado
en tu Reyno, en tu casa disfrazado,
quando la sangre mia,
mejor diré la tuya, elada, y fria,
con caduca esperanza,
de todos à una voz pide venganza. *Vase.*

Rey. Cielos, en tanta pena
cómo satisfaremos de una fuerte
de Margarita amor, quejas de Elena,
si una pide su vida, otra su muerte?
Mas viva Margarita,
que la paz de mi Reyno solícita,
que Elena facilmente
podrá curarse del ardor que siente.

Sale el Capitan.

Capit. Oye, señor, lo que pafsa;
Eduardo, de Sicilia
Infante, con mucha gente
oy à Napoles camina.
Todo su Reyno le sigue
en defenfa tan aliva,
como es el dar à su hermano
la libertad, y la vida,
que es su Principe en efecto.

Rey. Aunque pudiera la ira,
y el enojo hacer con él,
que tanto poder resista,
quiero con mejor acuerdo
decirte la intencion mia.
Margarita (ay Cielos, quanto
esto siento!) Margarita
sé que à Federico ama:
tan graves melancolias
como padece, que han puesto
en tanto riesgo su vida,
de esto nacen, así Elena
me lo ha dicho, y Serafina:
y yo sin esto lo sé;
mas con casarla, se quitan
mayores inconvenientes:

pero à esto me defatina
fola una cosa. *Capit.* Qual es?

Rey. Temer, que algunos me digan;
que Federico no sabe
lo que importa.

Capit. No profigas,
que en esse extremo le han puesto
tristeza, y melancolia,
viendose sin libertad;
pero si una vez se mira
libre, bolverà en su acuerdo.

Rey. Bien dices, y antes querria,
que esto se tratasse, hacer
una experiencia exquisita,
y la experiencia que intento,
es aquefta: Margarita?

Sale Margarita.

cómo te vâ de tristes?

Marg. Mal, señor, que el alegría
es imposible à mi pecho,
continuo el llanto lo diga.

Rey. Una lifonja has de hacerme.

Marg. Qué mandas?

Rey. Mucho peligra
en soledades, y penas
de Federico la vida.
Si muere, quien pensará,
que de mi mano enemiga
no fue el golpe, y de alevoso
me arguirán los de Sicilia?

Marg. Pues qué me mandas?

Rey. Si tú
oy le vês, y le vîftas,
alentará el desmayado
corazon, y con tal dicha
darà nuevo aliento al alma,
darà al cuerpo nueva vida.
Yo iré contigo, por mi
has de verle. *Marg.* Tú me obligas
à obedecerte. *Rey.* Qué presto *ap.*
concedió, y el alegría
falió modesta à los ojos,
como à los labios en rîfa!
mas disfimular importa.

Marg. Si enamorada me mira *ap.*
en su presencia mi padre,
efecto tendràn mis dichas. *Vanfe.*

Sa-

*Salen Roberto, Benito, y Musicos dandole
de vestir.*

Rob. Cómo ha dormido tu Alteza?

Benit. Muy bien; en toda mi vida

he tenido mejor sueño,
en cama tan branda, y rica
foy un Principe liron.

Rob. Canten, hasta que se vista
su Alteza. *Musicos.* Vaya aquel tono,
cuya letra es peregrina.

Musica. En una empresa amorosa,
dime, Amor, quien mas lastima,
el que estima lo que calla,
ò el que calla lo que estima?

Benit. Roberto?

Rob. Señor. *Benit.* Decid

à effos Musicos, que gritan,
que dexen effos entonos,
y canten, por vida mia,
una letra, de que agora
me acuerdo que se decia:
luneta, *Canta.*
atala allà de la fonfonera.

Rob. Effo havian de cantar?

Benit. Esta es la mejor letrilla
de todas; esta cantaba
yo, quando à los montes iba
à trabajar con Antona.

Rob. Como tan presto se olvida
vuefta Alteza de quien es?
del juicio el dolor le priva.

Benit. Es verdad, no me acordaba
de que todos me apellidan
el Principe no sé como.

Rob. Federico de Sicilia.

Benit. Basta, ello ha de ser así
por fuerza: esta Principia
me ha venido no sé como,
y no quieren que yo diga,
que esta casa es de mi Aldéa;
y que desde aqui se mira
por detrás de effos espejos,
vidrieras, y celosias,
el Aldéa de Búflor?
Valgame Dios! no es la misma
casa de Juana, y Anton
aquella; y effa chica

la de Llorente, y Bartola?
la de Ginès, y Murina
no es aquella? aquel Perico,
que à la taberna camina,
no es el que dicen que es hijo
del Sacristan, y Llocia?
(y dicen bien) el Roberto
no está tràs de su cortina,
tañendo, que aqui lo oigo,
el villano, y las folias?
Mas quien me mete à mi en effo?
yo como buenas gallinas
en prata, yo visto seda,
y duermo en cama mullida,
venga por donde viniere;
sea verdad, ò sea mentira,
no me vâ muy mal con ser
Fray Francisco de Sencilla.
Rob. Dexadle solo, que ya
buelve à su melancolia.

Vanfe los Musicos.

Valgale el diablo, qué tiene?
de qué se eleva, y suspira?
no tiene mas, que merece?
qué desea? *Benit.* Que en mi vida
me dexen solo con vos,
porque tantas cortesias,
fomifsiones, remenencias,
alturas, y señorias,
las vengo à pagar dempues
à solas; y en la comida,
quando alguno está delante,
vos me servís de rodillas,
y en quedando solo, andais
conmigo à la rebatîna.

Rob. Pues qué quiere? no está así
la diferencia partida?
que à quien yo unos ratos sirvo,
razon es que otros me sirva.
Benit. Si, mas sin darme porrazos:
mas ya mi ingenio imagina *ap.*
como he de vengarme de él,
en teniendo compania.

Sale Federico.

Feder. Muy bien puede, gran señor,
vuefta Alteza darme albricias:
el Rey, y la Infanta vienen

D 2

à verle, y con tal visita
segura tiene desde oy
la libertad, y la vida.

Rob. Vuestra Alteza advierta aora,
que es bien que à la Infanta diga
muchas cortesías finezas,
como à su esposa, y su prima.

Benit. Yo sè lo que he de decir,
no es tanta mi boberia,
y aun lo que de hacer con vos:
pagareisme la malicia,
en estando acompañado.

Feder. Ya llegan: Amor, anima *ap.*
este engaño, pues que tú
los enseñas, y fabricas:
crea el Rey, que enamorada
la divina Margarita
està del Principe, viendo
tantas finezas fingidas.

*Salen el Rey, la Infanta Margarita, y
Soldador.*

Rey. Bien vuestra Alteza està
de aquesta visita incierto.

Benit. No mucho, porque Roberto
me lo havia dicho ya.

Rey. Aquí verà si le estima
mi pecho, y si amor le tiene
la Infanta, que à verle viene.

Benit. Beso à mi señora prima
la mano. *Marg.* Sabiendo el Rey
mi señor la gran porfia
de vuestra melancolia,
quiso, por piadosa ley,
veros, cuya acción olvida
su enojo, y el bien declara;
pues quien mira al Rey la cara,
segura tiene la vida:
esta es ley, cuya piedad
quedarà en marmol escrita.

Rey. Què mal callan, Margarita, *ap.*
tus ojos! *Benit.* Tu Magestad
sabe bien dar honra, y vida
à un preso que està sugeto:
el diablo me hizo discreto. *ap.*

Rob. Què hable ya con advertida
prudencia aqueste animal!

Feder. De oírle así hablar me espanto:

hà poder, y mando, quàn to *ap.*
enmiendas el natural!

Rey. Ciega estás. *Benit.* Sillas nos den.

Rob. Aquí las tiene tu Alteza.

Benit. Pagareisme, buena pieza,
los porrazos: yo estoy bien; *Sientase.*
y puesto que hay sillas mas,
vuestra Magestad se sienta.

Feder. Bolvió à su sèr brevemente. *ap.*

Rey. Y aora què me diràs,
ya que me alabas su talle,
de aqueste urbano cortejo?

Marg. Que es su bizarro despejo
muy digno para alaballe:
què airosamente tomó
la silla! què airosamente,
vuestra Magestad se sienta,
dixo! la fama mintió,
aunque tiene el mundo lleno
de sus alabanzas, pues
no dixo quan bueno es.

Rey. Esto te parece bueno?
no es amor, sino locura,
no conocer este error. *Sientanse.*

Marg. Quàn do no es locura amor?

Rey. Lo mas que aora procura
mi deseo, es, consultar
con tu Alteza la venida
de su hermano. *Benit.* Yo en mi vida
tuve hermano en mi Lugar.

Rob. Como el Infante ha venido
tu hermano, dice, y es llano.

Benit. Si dice el Infante hermano,
no le havia conocido:
vos teneis la culpa de esto,
que callais hasta este dia. *Pegale.*

que Infante hermano tenia,
mas pagareislo. *Feder.* Què es esto?

Rey. Y aora què puedes decir?
es galàn? es entendido?

Marg. Notable gracia ha tenido;
solo èl me hiciera reír.

Rey. No vi hombre tan ageno
de gracia: esto te ha agradado?

Marg. Què bueno el enojo ha estado!

Rey. Esto te parece bueno?

pues no ha de ser tu marido,

aun-

de Cecina bien lo passa:

à Dios, que me voy à hartar. *Vase.*

Feder. Yo me voy, porque no haga
el Embaxador aqui,
viendome, alguna mudanza. *Vase.*

Salen Antona, y Villanos.

Anton. Pardiez, que hemos de ver
còmo à los Reyes los habran
los Baxadores, pues vemos
en Belfor cosas tan varias.

Rob. Señor, el Embaxador
que viene, si no me engaña
la vista, es el mismo Infante.

Rey. O, si con esto acabaran
mis penas, y confusiones!

Marg. O, si acabassen mis ansias!
Salen Eduardo, Infante de Sicilia.

Inf. Vuestra Magestad, señor,
me dè la mano. *Rey.* No haga
oy vuestra Alteza conmigo
esse distràz. *Marg.* Cosa estraña!

Inf. Embaxador de mi mismo
quise ser; mas aunque se halla
conocida mi persona,
los privilegios me valgan;
y hablando ya de otra suerte,
agradeciendo à sus plantas
los favores que recibo,
oiga de mi mi embaxada.

El Principe Federico
entrò solo en la estacada;
muerte diò à Don Pedro Esforcia,
cuerpo à cuerpo, lanza à lanza:
luego no merece, ò Rey,
el rigor con que le tratas,
pues no le matò à traicion
alevosa, ò con ventaja.

Aquesto assentado, còmo
à tu honor altivo faltas,
y à tu decoro te niegas,
rompiendo tu fè, y palabra,
pues me dicen, que le has muerto?
Estas, señor, son hazañas
dignas del valor que heredas?
dignas del poder que alcanzas?
Dame à mi hermano, ò por èl
sustentare en la campaña,

que

que eres alevofo Rey,
pues à mi Principe matas,
quando debieras guardarle
la seguridad jurada.

Rey. Confieffo, que debe hacer
el Rey que una justa ampara,
bueno el campo; pero no
dar lugar à ofensas tantas,
que empuñe un Aventurero
en su presencia la espada:
esta es la satisfaccion
de la prision, y las guardas:
y aora, en quanto à decir,
que le he dado muerte, valga
por respuesta verle vivo,
que es mejor: ha de la guardia:
haced luego que el Alcayde
à aquellas almenas salga
con el preso, donde vea
el Principe quien se engaña:
y mira como le diera *Vanse los Sold.*
muerte al que aora trataba
casarle con Margarita,
dando fin à ofensas tantas;
y lo hiciera, vive Dios,
à no mirar que le falta
de Principe la prudencia,
que le es de tanta importancia.

Inf. Quien engañado procede,
disculpa, y perdon alcanza,
y así, del reto desisto,
remitiendome à tu gracia.

Sale Elena.

Elena. Si lagrimas de muger
piadoso lugar alcanzan
en los pechos de los hombres;
y mas en los que se hallan
tan obligados, por ser
Dioses en la tierra, valgan
su privilegio à mi llanto,
y tu piedad à mis ansias.
Como, magnanimo Rey,
tanto à tu justicia faltas,
que das premio, y no castigo
à quien me ofende, y me mata?
Como à Federico pones
en libertad, y le casas

con Margarita, sin ver
que soy la parte que agravia?
Hermano perdi, y esposo;
si satisfacerme tratas,
dame esposo, cuyo amparo
supla de mi honor la falta:
y entonces podràs librar
al Principe, pues es clara
mi justicia, que no es libre,
mientras mi perdon no alcanza.
Sola una satisfaccion
pretendo de ofensas tantas,
y es, señor, el que me cases
oy con el Duque de Mantua.
En tu Reyno està, yo sè
quien es, pues con esto acaban
mis penas, quedando al fin,
noble, contenta, y honrada.

Rey. El Duque de Mantua aqui?
mano te doy, y palabra
de que oy ha de ser tu esposo.

Elena. Dexame besar tus plantas:
lindamente me he vengado
de los zelos que me causa
Margarita: Amor, venci,
engañando à quien me engaña.

Rey. Ya con el Alcayde està
en estas almenas altas
el preso, mira si es vivo.

*Salen en lo alto de la muralla Federico,
y Benito.*

Inf. Ay hermano de mi alma!

Marg. Viendo el Infante à los dos, *ap.*
no advirtiendo en dudas tantas
qual el preso es, ò el Alcayde,
como à su hermano le habla.

Elena. Valgame el Cielo, què miro! *ap.*
el preso es aquel? jurara
que le conozco.

Anton. Oyes, Bato,
Belardo, ò yo estoy borracha,
ò el tal Principe es Benito.

Vill. 1. Antona, oye, mira, y calla:
Anton. Como le habran de esta suerte,
si yo le conozco? Inf. Quántas
lagrimas debe tu amor
à los ojos, que oy alcanzan
aquef-

aquesta dicha de verte!

mas verte por premio basta.

Benit. Este es el hermano Infante?

èl tiene pequeña traza
para Infante, y para hermano:
mas Antona està alli.

Feder. Calla.

Benit. Pues los Principes no pueden
habrar con Antona?

Feder. Basta.

Benit. Ya està bastado: hanle visto?

Anton. Bato, has visto lo que passa?
el mismo Infante ha venido,
hermano al Principe llaman.

Feder. Sin que el engaño, conózcan, *ap.*
con equivocas palabras
responderè por los dos.

No puede la voz turbada,
decir, Infante, el contento
que tu presencia le causa,
y por no ofenderte hablando,
Federico siente, y calla.

Vase, llevandose à Benito.

Inf. Pues ya, señor, que le he visto,
buelveme à decir la causa
por què el casamiento dexas
de mi señora la Infanta.

Rey. Solo por no ser capàn
del gobierno.

Inf. Mucho agravias
su divino entendimiento.

Rey. No es aquel que miras, y hablas?

Inf. Si señor. Rey. Pues este mismo
tan rústicamente habla,
tan torpemente procede,
que es igual à un bruto.

Inf. Basta,
que debe de haver perdido
aqui el juicio, porque Italia
no viò tan sutil ingenio.

Marg. Què à ciegos los dos se hablan *ap.*
de diferentes sugetos!

Rey. Pues porque en un punto salgas
de esse engaño, luego al punto
aqui à Federico traigan,
y si èl hablare en razon,
buelvo à empeñar mi palabra

de casarle con mi hija.

Elena. De confusion tan estraña
saldre, si viendole aora
mas cerca, hermano le llama.
Sale un Criado con Benito.

Benit. Parezco cavalgadura,
que se vende, porque andan
conmigo, viendome todos:
què es, señor, lo que me manda
tu Magestad? diga, aqueste
es mi hermano? Rey. Su ignorancia
ha descubierto bien presto;
mira si mi voz te engaña.

Inf. Pues no me engañas, si aqui,
quando al Principe esperaba,
me das un hombre, que de èl
no tiene la semejanza?

Rey. Pues no es el mismo que viste,
y que aora confesabas
ser tu hermano? Inf. No era este.

Rey. Hay confusion mas estraña!

Elena. Este es, señor, un Villano,
que conozco. Rey. Hay penas tantas!
pues yo no tengo otro preso,
ni otro en mi poder se halla.

Inf. Pues como à negarlo buelves,
si le he visto? Rey. Al punto llama
al Alcayde. *Vase el Capitan.*

Elena. Advierte aqui
de la suerte que le tratas,
porque el Alcayde, señor,
es el gran Duque de Mantua.

Rey. Otro engaño?

Salen el Capitan, y Federico.

Capit. Ya està aqui.

Inf. Este es Federico.

Feder. Aguarda, *Al Infante.*
que antes de darte los brazos,
tengo de besar tus plantas. *Al Rey.*
Yo soy quien enamorado,
sin temer tus amenazas,
siendo Alcayde de mi mismo,
vivo en tu Reyno: la causa
ya la sabes, Amor fue,
felice si tu palabra
aora cumples. Elena. Pues no
ha de cumplirla, si dada

El Alcayde de si mismo.

la tiene, que ha de casarme
oy con el Duque de Mantua?

Marg. Este es Federico, Elena,
engañese quien se engaña.

Rey. Supuesto que ya este yerro
en tu favor se declara,
Margarita, dà la mano
à Federico. *Marg.* Y el alma
con ella. *Feder.* Feliz mil veces
quien logra dicha tan alta.

Danse las manos.

Elena. Infeliz yo, que he perdido
ya todas mis esperanzas.

Rey. Oy à mi cuidado, Elena;
queda el remediar tus ansias.

Benit. Y à mi, al fin de todo esto,
no imaginan darme nada,
fiquiera por haver sido
el tamboril de esta danza,
à cuyo sòn han baylado?

Feder. Dos mil escudos te aguardan
ya con Antona.

Todos. Y con esto
aquí la Comedia acaba
del Alcayde de si mismo,
perdonad sus muchas falta.

F I N.

CON LICENCIA : EN VALENCIA, en la Imprenta de la
Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva,
junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde
se hallará esta, y otras de diferentes

Titulos. Año 1764.

LA VIDA ES SUEÑO.—Comedia de D. Pedro Calderon de la Barca. Texto cotejado con el de las mejores ediciones, por D. J. E. Hartzenbusch, con la biografía del autor, por D. C. A. de la Barrera. Preciosa edición de lujo con un excelente retrato de Calderon. Precio: 8 rs. en Madrid y 9 en Provincias.

DEL REY ABAJO NINGUNO, Y LABRADOR MÁS HONRADO, GARCÍA DEL CASTAÑAR.—Comedia de D. Francisco de Rojas Zorrilla. Edición revisada por D. J. E. Hartzenbusch. Precio: 8 rs. en Madrid y 9 en Provincias.

EL BASTARDO DE MUDARRA.—Comedia manuscrita y firmada de Lope de Vega. Edición foto-zincográfica. Un tomo en 4.º mayor, 20 rs. en Madrid y 24 en Provincias.

SAINETES ESCOGIDOS DE D. RAMON DE LA CRUZ.—Tres tomos en 8.º, 24 rs. en Madrid y 30 en Provincias.

OBRAS DRAMÁTICAS DE D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.—Tres tomos, 50 rs. en Madrid y 58 en provincias.

ROMANCERO ESPAÑOL.—Colección de cincuenta romances históricos y tradicionales, escritos por los Sres. Boccherini, Cabiedes, Castillo, Clark y otros. Un tomo con 50 grabados, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

MADRID DRAMÁTICO.—Colección de leyendas de los siglos XVI y XVII, por D. Antonio Hurtado. Un tomo con hermosas láminas, 40 rs. en Madrid y 44 en Provincias.

CORTE Y CORTIJO.—Novela por D. Antonio Hurtado. Un tomo con láminas, 20 rs. en Madrid y 24 en Provincias.

LECCIONES DE LITERATURA ESPAÑOLA por D. Alberto Lista. Dos tomos, 32 reales en Madrid y 38 en Provincias.

DICCIONARIO NOVÍSIMO DE LA RIMA por Landa. El más completo y mejor de los publicados. Un tomo, 30 rs. en Madrid y 34 en Provincias.

BIBLIOTECA CLÁSICA: HOMERO.—La Iliada, traducida por Hermosilla, 36 rs. en Madrid y 42 en Provincias.

CERVANTES.—Novelas ejemplares, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

ALCALÁ GALIANO.—Recuerdos de un anciano, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

VIRGILIO.—La Eneida, traducida por Caro, 24 rs. en Madrid y 28 en Provincias.

— Las églogas y las geórgicas, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

MACAULAY.—Estudios literarios, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

— Idem históricos, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

— Idem políticos, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

— Idem biográficos, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

— Idem críticos, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

QUINTANA.—Vidas de españoles célebres, 24 rs. en Madrid y 28 en Provincias.

CICERON.—Tratados didácticos y de la elocuencia, traducido por Menéndez Pelayo, 24 reales en Madrid y 28 en Provincias.

SALUSTIO.—Conjuración de Catilina. Guerra de Yugurta, traducido por el Infante Don Gabriel, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

TÁCITO.—Los anales, traducido por Coloma, 24 rs. en Madrid y 28 en Provincias.

PLUTARCO.—Las vidas paralelas, traducido por Ranz Romanillos, 60 rs. en Madrid y 70 en Provincias.

ARISTÓFANES.—Teatro completo, traducido por Baraibar, 24 rs. en Madrid y 28 en Provincias.

POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—Teócrito, Bion y Mosco, traducido en verso por Montes Oca, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

MANZONI.—Los novios, traducido por D. J. N. Gallego, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

ESCHYLO.—Teatro completo, traducido por Brieua, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

HERODOTO.—Los nueve libros de la historia, traducidos por Pou. Dos tomos, 24 rs. en Madrid y 28 en Provincias.

QUEVEDO.—Obras satíricas y festivas, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

DUQUE DE RIVAS.—Sublevación de Nápoles, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

CALDERON DE LA BARCA.—Teatro selecto, con un estudio crítico de D. Marcelino Menéndez Pelayo, 48 rs. en Madrid y 56 en Provincias.